



# La segunda era de Trump

**M**ientras empiezo a escribir estas líneas, ya se ha confirmado el triunfo de Donald Trump, convirtiéndose en el presidente n° 47 de los Estados Unidos. ¿Qué podría pasar en América Latina con este triunfo? Nunca es bueno hacer historia contrafactual, pero sí deberíamos mirar ciertas cuestiones.

Volvamos al voto joven y latino que se inclinó por Trump. Según una encuesta realizada este año en España por el diario *El País* y la Cadena SER, uno de cada 4 varones entre 18 y 26 años consideran que el autoritarismo puede ser “preferible al sistema democrático”. El Instituto de Políticas y Bienes Públicos del Ministerio de Ciencia e Innovación ibérico señala, además, que los jóvenes de la generación “Z” tienen una fuerte tendencia a preferir el autoritarismo como forma de gobierno. En América Latina, según un informe de Latinobarómetro del año 2023, existiría una tendencia autoritaria entre los jóvenes latinoamericanos universitarios. Y en Chile, para ir con mayor especificidad, según un estudio de la Universidad Diego Portales y Feedback Research, los chilenos han perdido la fe en la democracia para enfrentar la delincuencia.

En Estados Unidos, Donald Trump utilizó la imagen de un líder fuerte, autoritario y que podría solucionar problemas nacionales y globales de forma unilateral, sin los amarres, demoras y contrapesos de la democracia. “Arreglaré América”, repitió, como un mantra, en cada mitin en campaña. Es altamente probable que este patrón se repita en una Latinoamérica tambaleante y algo desorientada frente al problema de seguridad, el aumento del crimen organizado y el evi-

dente estado de descomposición de las instituciones democráticas producto de la corrupción. He ahí un posible factor que agudizará la deriva autoritaria: el hombre fuerte que prometa sacarnos de la crisis. Algo de eso estamos viviendo con el incipiente autoritarismo de Bukele, la irrupción de Milei y la cada vez mayor oferta de candidatos con perfiles autoritarios y *outsiders* que critican, abierta y bulliciosamente, el sistema democrático.

Sobre el voto latino, los primeros análisis señalan que hay una cuestión más material y detectable: el inmigrante documentado y con residencia en Estados Unidos estaría de acuerdo con la deportación de los no regularizados. ¿Razones? Un gran sector de los inmigrantes latinos ven en peligro sus puestos de trabajo frente la mano de obra indocumentada -más barata y móvil-, por lo que estos supondrían un problema para las comunidades latinas que conviven y compiten con ellos. Como segundo punto, Trump ha hecho eco del problema de seguridad: los carteles de droga, las pandillas y la delincuencia se esconden detrás de los inmigrantes no regulares, lo que incomoda, asusta y estigmatiza a la comunidad latina en general. De ahí, puede ser, que estos sectores apoyen la deportación masiva y el endurecimiento de las fronteras que prometió Trump en campaña. ¿Qué podría implicar esto? Una serie de movimientos migratorios de retorno al sur y el desplazamiento de poblaciones en búsqueda de espacios y mercados de subsistencia. ¿Lo que sucede en la vanguardia podría repetirse en la retaguardia? Hay varias razones que deberíamos revisar y que parecen apuntar a eso. Por ahora, la noticia está en desarrollo.